

Por el Profesor de Metodología de la Universidad Central _____

X E. Uzcátegui _____

X Breves reflexiones acerca de la
función de las Universidades



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

(Conferencia leída por su autor en el Salón Máximo de la Universidad de Guayaquil el 31 de julio de 1934)

Breves reflexiones acerca de la función de las Universidades

Un conocido autor americano, cuyas obras sobre Latino América son las que infaltablemente se hallan en las bibliotecas de los barcos de la «Grace», demuestra su profundo desprecio hacia nuestro país, en los escasos párrafos que nos dedica, afirmando que no merece mayor atención un Estado que no conoce hasta dónde alcanza su dominio territorial. Y a decir verdad, tiene razón que le sobra. No sabemos, en realidad, hasta dónde llegamos ni cuántos somos. Siendo lo más lastimoso que ni siquiera nos interesa averiguarlo! A golpes de fantasía y de audacia se viene forjando estadísticas sin base objetiva ni científica y cada cual sostiene como cifras exactas y absolutas las que le dictan su momentáneo capricho o conveniencia.

En análoga forma, se fraguan dogmas sobre cuya incontrovertibilidad se elaboran leyes y sistemas que, de fracaso en fracaso, nos conducen a la más espantosa ruina. Con la mayor impunidad, afirma cada uno lo que primero se le ocurre o aquello que contribuye al logro de sus intereses y no hay más remedio que acatarlo.

La montaña de los prejuicios se agiganta, así, inconmensurablemente sin que ninguno se atreva a dinamitarla. Nadie experimenta, nadie reflexiona con seriedad, nadie estudia a conciencia; pero cualquiera pontifica a su antojo.

Las fronteras nacionales están imprecisas en su mayor extensión, los mismos territorios que se dice poseemos se hallan inexplorados; pero no vacilamos en apuntar cifras con

centésimas de aproximación. Jamás hemos realizado un censo de la población y rotundamente proclamamos dos, tres o más millones de habitantes. Otras veces, nuestro buen humor está por las andaluzadas y nos da por decir que nuestro país es eminentemente agrícola o el más rico del mundo, olvidándonos deliberada o ingenuamente de los numerosos e inaccesibles riscos, de la inmensidad de los páramos o de los pantanos infranqueables e inhospitalarios. Esto cuando un residuo de pudor nos inhibe de pregonar un talento y una laboriosidad excepcionales como características del elemento humano de nuestra nacionalidad sin haber practicado en ninguna ocasión los tests de inteligencia más elementales.

Vivimos todavía en un período de pleno apogeo del empirismo, en una verdadera Edad Media con unos cuantos automóviles, aeroplanos, teléfonos, radios y cinematógrafos importados. Somos como esas artistas decrepitas, con espíritu inactual ligeramente disimulado, gracias a las habilidades del maquillaje. Las capas de asfalto que cubren las calles de las principales ciudades ni las redes de alambres que las atraviesan apenas si han transformado la epidermis de nuestras urbes, sin modificar una sola neurona de su psiquis anacrónica.

Se afirma, se dogmatiza, se discute sobre el vacío. Se acepta o rechaza porque sí. No se busca otras explicaciones que aquéllas de los alquimistas y escolásticos de centurias atrás. Son innumerables los «flogístos» inventados por la ignorancia, pereza mental e indolencia técnica de muchos de nuestros sabios, sociólogos y economistas principalmente. Nuestro estadio en este terreno es el mismo que el del aspirante a doctor en Filosofía que recuerda el profesor Woodhull, quien al ser interrogado acerca de la explicación de un sencillo fenómeno físico se afanaba por evocar los autores que afirmaban la veracidad del hecho, mientras un niño de 12 años demostraba experimentalmente el fenómeno que tanto desconcertara al candidato a doctor!

Para no referirnos sino a uno de los hechos de más trascendencia, de mayor actualidad y de los que requieren más urgente solución demos una rápida mirada tan sólo al aspecto económico. Sin mayor estudio ni reflexión, queremos remediar un mal intenso, de raíces profundas y de compleja arborización con recetas infantiles y simplistas: aumento de circulante, reducción de intereses, incautación de giros, desincautación, prohibición o restricción de importaciones, una cuasi líquida-

ción del Banco Central son las panaceas ensayadas sucesivamente como factores exclusivos, con los desastrosos resultados que a todos constan en cuatro años de continuo desacierto.

Eso de reconstruir o de organizar científicamente alguna vez la economía ecuatoriana es demasiada utopía para intelectos ante los que nada significan la técnica, el plan científico ni el estudio de los hechos que han de servir de fundamento incommovible a los sistemas, a los conceptos, a las realizaciones.

Ni el Gobierno, ni la Legislatura, ni los individuos que los soportan hacen nada para la adopción de un plan racional de trabajo a cargo de una comisión de técnicos que descubra cuáles son las riquezas que realmente se pueden extraer de nuestro suelo y subsuelo; cuáles y de qué clase las vías de comunicación que deben construirse; cuál el sistema de regadío a adoptarse; cuáles y en dónde las industrias a establecerse; cuál el sistema de colonización y distribución de tierras; cuál la forma de elevación material y cultural de los indios; cuál la norma de higienización de poblaciones y comarcas..... Pero todos reclaman el resurgimiento económico ecuatoriano en los términos más altisonantes!

Y no se crea que nuestros hombres sean en su totalidad incapaces para el trabajo y la investigación científicas. Lo que no hay es quien encauce, con ardor y perseverancia, las energías, aptitudes y entusiasmos de los hombres con vocación de investigadores y espíritu de originalidad.

Algunos casos comprueban que sí existen estos hombres en nuestro medio y que es posible descubrirlos en mayor escala. No han faltado jurisconsultos ecuatorianos creadores de doctrinas originales en el campo del Derecho Internacional; ni médicos, como los doctores Araujo y Suárez, que, por sí mismos o con sus alumnos, han verificado importantes y fructíferas investigaciones en los campos de la biología. En los dominios de las ciencias exactas, han surgido también cultores que han aportado novedosas adquisiciones al acervo científico. El ingeniero Bueno descubrió este teorema de enorme importancia: «El lugar geométrico de los puntos cuyas distancias a dos puntos fijos guardan una relación constante es una circunferencia o una esfera». En este mismo año, el Profesor Pons de la Universidad de Quito ha ideado el mejor de los métodos gráficos para calcular el movimiento de tierras necesario para la construcción de caminos y los alumnos de Inge-

niería del mismo plantel han conseguido desmentir la doctrina del rendimiento constante de los carros consagrada por todos los autores, demostrando que tal rendimiento cambia fuertemente con la marcha.

Podemos, en consecuencia, concluir que sí hay base aprovechable para la investigación, que disponemos de energías latentes aptas para la búsqueda de la verdad.

A nuestros famosísimos políticos de todos los bandos que desde hace tantos años vienen salvando el país, sin nunca demostrar la eficacia de sus métodos, correspondería la presentación y luego ejecución de un plan estatal de investigaciones científicas conexiónadas y conducentes a una finalidad certeramente prevista. Mas ésta es cosa que, francamente, no confiamos que suceda. Porque acostumbramos trabajar en el vacío, edificar apriorísticamente lo poco que nos atrevemos a construir.

No están los gobiernos de esta época para preocupaciones de esta índole. Un caso entre mil: el hitlerismo vesánico expulsa de su tierra natal al genio e investigador de mayores merecimientos, y Einstein tiene que emigrar a buscar refugio que le concede una institución científica extranjera. Otro hecho revelador del espíritu de los tiempos: los presupuestos de Educación Pública y los subsidios a los centros creadores de ciencia sufren inmensa merma aún en las naciones más ricas y poderosas. La indiferencia estatal ante el avance de la ciencia y la cultura es general en esta hora de regresión, egoísmos, hostilidades y miseria. Sólo hay en el mundo contemporáneo un Estado que hace excepción, el Estado proletario de la estrella roja, la hoz y el martillo, que dedica millones al cultivo de la ciencia y que mantiene organismos técnicos encargados de planear, conectar y dar unidad armónica mediante directivas generales para la investigación racional y especializada propia de los diferentes institutos de elaboración científica.

Por esto, dentro de la estructura social imperante no puede esperarse una influencia benéfica del Gobierno —entidad política— en las universidades: institutos de ciencia. Al contrario, es válido confiar en que las universidades pueden orientar, canalizar y verificar mejor la transformación social, económica, educativa y de todos los órdenes que reclama el país.

Tal postulado, sin duda alguna, no es admisible ni remo-

tamente para nuestras clases dirigentes. Antes bien, ya preconizan como supremo ideal reducir las universidades a meras incubadoras de profesionales amorfos e inocuos. El actual grito de somatén es alejar al estudiante de la política. Como si esto fuera posible dentro de las circunstancias en que vive! Cómo va a prescindir de la política el alumno universitario si el profesor no lo hace ni la sociedad lo permite? Cómo pretender arrebatarse la única arma de triunfo, si con ella se adquiere talento, riquezas, amor, prestigio, honores? Cómo si hay el imperativo de surgir y si la política lo da todo cuanto niega el trabajo y el estudio? De la misma manera que el fracaso político todo lo arrebató! Cómo si actuamos en plena época del profesor Topaze? Ni el ingeniero, ni el médico, ni el educador, ni el abogado, para el momento en que vivimos, por muchos que sean su saber, dedicación y capacidades, culminan en su prestigio mientras no los consagra la política! Qué extraño puede ser, entonces, que todos ambicionen un lugar prominente en la política desde el cual conquistar aquello que debió ser fruto de pacientes investigaciones, de largas faenas? Y además, en la misma cátedra de Educación Cívica del Colegio y en la de Derecho Político de la Universidad, no se le dijo que la intervención en las funciones políticas era a la vez un deber y un derecho?

De ahí la torpeza de quienes intentan estrangular las rebeldías juveniles, por mal encaminadas que pudieran aparecer. Las rebeldías no son hojarasca que barre un huracán más o menos impetuoso. Son producto psico-sociológico imposible de reprimirse. Lo más que puede hacerse con ellas es dirigir las, encauzarlas. Las rebeldías son valiosísimas fuerzas de reforma que, inconformes con la justicia de un orden, de una organización, impulsan a una renovación más equitativa.

Querer circunscribir al universitario al libro y la lección es apartarlo de la vida, establecer una pugna que no tiene razón de ser entre el claustro de estudio y el medio circundante en que vive.

Y la pugna tiene que agudizarse mientras más pretendan restringir la natural expansión de la Universidad que, como ser viviente, está dotada de fuerza impulsora de crecimiento y desarrollo. Vano añorar el del quietismo ideológico anhelante de un retorno a la *universitas studii generalis* de la época carlovingia! La Universidad moderna es mucho más que esto,

supera aún a la aspiración del sabio Huxley, antiguo Rector de la Universidad de Abberdeen que en uno de sus enjundiosos discursos inaugurales decía: «En la Universidad ideal que yo concibo, debería un hombre poder obtener la instrucción de todas las formas de conocimientos, y la disciplina para emplear todos los métodos que procuran estos conocimientos».

La utilización de los institutos superiores de cultura en beneficio de la elevación intelectual y técnica de las masas que preconizaba Ingenieros, ha de ser una de las metas para quienes se precien de interpretar la misión universitaria con espíritu moderno. Lo que supone una transformación básica inspirada en estos pensamientos —que hay que repetirlos con insistencia— del más alto exponente del pensamiento indoa-mericano: «Renovar la universidad es un problema de moral y de acción. Las instituciones se tornan inútiles cuando permanecen invariables en un medio social que se renueva. La educación social superior no debe mirarse como un privilegio para crear diferencias en favor de pocos elegidos, sino como el instrumento colectivo más apropiado para aumentar la capacidad humana frente a la naturaleza contribuyendo al bienestar de todos los hombres. Las ciencias no son deportes de lujo, sino técnicas de economía social. La filosofía no es un arte de disputar sobre lo que se ignora, sino un proceso de unificación de ideas generales para ensanchar el horizonte de la experiencia humana. La Universidad no debe ser un cónclave misterioso de iniciados, sino el organismo representativo de las más altas funciones ideológicas: elaboración de doctrinas, determinación de normas, previsión de ideales. Hará más dignos a los hombres aumentando su capacidad para la vida social; hará más justa la sociedad, multiplicando los vínculos de la solidaridad humana. El mundo ha entrado a una era de renovación más importante que el Cristianismo, el Renacimiento y la Revolución Francesa. Sería estéril seguir escuchando a sofistas y escépticos, envenenados por la ideología del pasado; en horas como ésta, conviene escuchar a los optimistas y a los creyentes iluminados por la ideología del porvenir».

Programa tan vasto, complejo e impregnado de justicia social no puede, en manera alguna, llevarse a ejecución por regímenes que descansan sobre el más feroz individualismo. Vale decir, el actual Estado es incapaz de verificarlo. Por

lo que es del todo inadecuado para universidades rígidamente sumisas al tutelaje gubernamental. Es un ideario muy alto, muy noble, posible de convertirse en jugo vital generador de energías sólo en universidades libres. Y por esto, mi fe en la autonomía universitaria.

Cuando se reflexiona sobre estas materias, no sorprende que los defensores del privilegio y la opresión descargen sus furias sobre los centros de cultura superior que, emancipándose de sus taras ancestrales, miran la sociedad y encararan sus problemas con nuevo espíritu anhelante de justicia integral.

Mientras la Universidad permanece subyugada por rendir vasallaje a los prejuicios medioevales nada hay que temer y, por tanto, es querida y respetada. La tormenta se desata en el momento mismo en que rompe los vínculos de esclavitud al pasado y a sus castas saturadas de prerrogativas. Entonces salta la antinomia entre la libertad de enseñanza sin sujeción ni ligamen alguno al Estado que se propugna en beneficio de las escuelas religiosas y el imperativo de dar al traste con la autonomía de las universidades, en donde se atisban fermentos de renovación progresista.

Indisputablemente, la Universidad autónoma tiene sus fallas, sus defectos. Sin embargo, mucho más grandes y numerosos son los que singularizan a las universidades pretorianas. A lo que hay que añadir que los vicios de la vida autónoma son autoextirpables, desde que el principal cimiento de la autonomía es el fervor de higiene, de salud, de perfección que de ningún modo puede buscar su correctivo en el suicidio, correlativo de la muerte por decreto que es la receta infalible a la usanza de los gobernantes míopes que, por fortuna, no son los únicos existentes en el mundo.

El método criollo de resolver los conflictos educacionales a base de clausuras y expulsiones, para gloria de la especie humana, tiene sus edificantes excepciones en países, como México, de vigorosa avanzada cultural.

Las huelgas y aspiraciones reivindicacionistas estudiantiles no son fenómenos autóctonos como lo imaginan y propalan los pseudo-sociólogos aborígenes. La casi totalidad de las naciones americanas han sido convulsionadas por los movimientos estudiantiles, lo que prueba que se trata de un hecho general, en vez de exclusivamente ecuatoriano. La diferencia ha estado más bien en los métodos de solución.

Cuán inmensamente contrasta el procedimiento represivo, único ensayado entre nosotros, con la amplitud de mirajes y el fervor de comprensión derrochados por el Secretario de Educación mexicano, Licenciado Narciso Bassols, quien ante un fuerte disturbio universitario, comparando los dos caminos a seguirse para la finiquitación del conflicto, repudió la sola idea de rescatar por el Estado el gobierno universitario ante la desesperanza de obtener el éxito cifrado en la autonomía y no vaciló en solicitar al Congreso la ampliación de la autonomía hasta los límites de su completa integridad, solución heroica factible de emprenderse sólo por gobernantes filósofos.

He aquí algunos de los brillantes párrafos del discurso en que abogó por la plenitud de la autonomía de la antigua Universidad Nacional de México: «Si el asunto universitario, si el mejoramiento de la Universidad fuese una cuestión solamente dependiente de la energía, o la decisión, o la fuerza, o los elementos materiales de que dispone el Estado para realizar sus fines en la sociedad, es evidente que la solución indicada sería la supresión completa de la autonomía de la Universidad. Pero el problema de la Universidad, centro de estudios, casa de cultura, en donde es menester contar lo mismo con la actitud psicológica, emocional de los estudiantes, que con la actitud de los profesores y de las autoridades, porque el resultado que se busca es hacer entrar un equipo moral, un conjunto de conocimientos científicos y una actitud social en la conciencia de los alumnos; en una Universidad-sostuvo- no se pueden resolver los problemas por medio de la fuerza. Lo primero, lo más importante, es crear condiciones espirituales, morales- y materiales también, pero no en forma exclusiva,- condiciones, digo, propias al desarrollo de la obra de cultura. Si el Gobierno desarrollara una acción violenta, habría resuelto un problema de policía, pero no habría resuelto el problema universitario. Para resolver el problema universitario se necesita que de lo hondo de las conciencias de los maestros, salga esta única finalidad: la de aprovechar los recursos empleados en el sostenimiento de la Universidad, para crear cultura, para hacer valores, para enriquecer espiritualmente al país, enriqueciendo en lo individual a los hijos de la Universidad».

Defendemos-y es deber de hombres libres hacerlo-la autonomía universitaria. Mas no con fines mezquinos ni retardatarios. No nos basta una Universidad autónoma. La

queremos grande, noble, inspiradora de nuevos senderos de justicia, de amor a la verdad y a la humanidad, de resurgimiento nacional.

Con lo que retornamos a las ideas de los primeros párrafos: a la necesidad ineludible de hacer de la Universidad, a la vez que un centro difusor de cultura y orientador de normas sociales y políticas comprobadas como benéficas por el raciocinio y los métodos positivistas, un instituto de investigaciones que explore los inmensos campos vírgenes del saber que ignoramos y precisamos conquistar.

La empresa no es, desde luego, tan fácil ni sencilla, no tanto por el aspecto económico cuanto por el de disciplina razonada. Con gracia a la vez que justeza dice Huxley: «muchas personas parece que creen que esta cuestión es financiera y que no hay sino que ir al mercado, pedir las investigaciones y pagarles, como sucede en el comercio. No soy de esta opinión-continúa—. No conozco problema más difícil que el descubrir un medio de alentar y mantener al investigador original».

Nos atrevemos a insinuar como un medio- no el único- de estimular la investigación científica la fundación en cada Universidad de una cátedra, obligatoria para los estudiantes de todas las facultades, de métodos de investigación encargada de poner al alcance de todos los alumnos las diferentes técnicas propias al cultivo de cada ramo del saber y en la que, previo este estudio, se adiestre a los jóvenes en su hábil manejo.

Una cátedra de esta naturaleza es tanto más indispensable cuanto se yerra mucho en la concepción misma del alcance y significado de los factores que intervienen en la investigación. No es raro hallar quienes confunden penosamente originalidad, iniciativa, orden, exactitud, independencia y más determinantes de la investigación con ignorancia, fantasía desequilibrada, sumisión, desperdicio de tiempo y energías, anarquía.

Nada más difícil que acertar con los medios más eficaces de desarrollar y ejercitar las cualidades imprescindibles al investigador. La originalidad, la iniciativa, el orden, la exactitud y la independencia no son cosas que se adquieren y vigorizan mediante el fácil expediente de las órdenes. De aquí, la dificultad. Porque sólo estamos habituados a mandar, por más que paradójicamente, mejor dicho, lógicamente, ninguno obedezca.

Se desbarra tanto en materia de originalidad, en la teoría y en la práctica, que constituyen legión los modernos Alcibíades que mutilan la cola a sus perros para singularizarse y provocar la pública admiración; los que, carentes de pensamiento sustancialmente original, elucubran detalles extravagantes impropios de una sincera y efectiva búsqueda de la verdad.

El gran psicólogo y eminente investigador científico de Columbia University, Thorndike, con admirable criterio, insiste en que el verdadero pensador independiente no hace menos uso de las ideas de los otros hombres que el pensador servil, sino mucho más. Lejos de existir antagonismo entre originalidad y habilidad en las tareas rutinarias o entre originalidad y sentido común, o entre originalidad y sistema—afirma—hay una positiva y estrecha correlación. La originalidad, en efecto, no es repugnancia o menosprecio para los trabajos rutinarios según los antiguos moldes o disgusto esencial por el saber tradicional como tal. Es más bien, fortificación en la práctica del trabajo encaminándola hacia formas distintas, resolución de renovar los conocimientos para mejorarlos. Originalidad no es la del caso referido por el mismo ilustre profesor de Teachers College, del candidato a doctor en filosofía que alegaba la absoluta originalidad de su tesis con el maravilloso argumento de que había tenido el escrupuloso cuidado de no leer ningún libro, folleto o artículo acerca del tema. Semejante originalidad de ignorarlo todo, no podemos aceptarla. Preferimos la vulgaridad de un profundo conocimiento que, de ser posible, agote el tópico como requisito previo a la creación de nuevos pensamientos, al descubrimiento de nuevos hechos, a la formulación de nuevos principios y leyes. La originalidad de buena ley y la investigación científica auténticas suponen, antes bien, un conocimiento cabal de todo lo adquirido por la humanidad con respecto al asunto objeto de nuestros estudios inquisitivos, pues sólo a través de largo convivir con la ciencia se incorpora el hábito y el método de indagar con éxito.

Análogamente, ha de considerarse cuál es el contenido efectivo del concepto independencia intelectual, que es otro de los factores decisivos en la elaboración del saber positivo. Los grandes maestros y sus técnicas, por mucho que se reniegue del pasado y por más iconoclastas que seamos, constituirán siempre un magnífico camino a seguirse. Bastante exacta es la expresión que define la independencia intelectual

como una «razonada dependencia». Los espíritus impregnados del grande y apreciable dón de la iniciativa no son los que imitan menos, consecuentemente con esta fórmula. Debo referirme una vez más al vigoroso pensador Edward Thorndike a quien imito al sostener que nada se perderá en iniciativa, independencia y originalidad siguiendo a los grandes maestros, imitando los modelos correctos y justos y aprendiendo los hechos válidamente establecidos. Pero han de cumplirse dos requisitos, anota el sabio psicólogo americano: «Primero, los maestros, modelos, hechos, creencias e ideales deben ser justos, en el sentido de ser imparcialmente escogidos a la luz de la pura razón como los mejores para el bienestar de la nación. Segundo, cada hombre y mujer, niño o niña, necesita ser enseñado, en tal grado como su capacidad lo permita, que él mismo como el más alto de sus conductores, es libre de cambiar sus ideas, costumbres, maneras, modelos, credos e ideales en miras al mejoramiento y que ni el más alto entre los altos tiene el poder de cambiarlos otra vez».

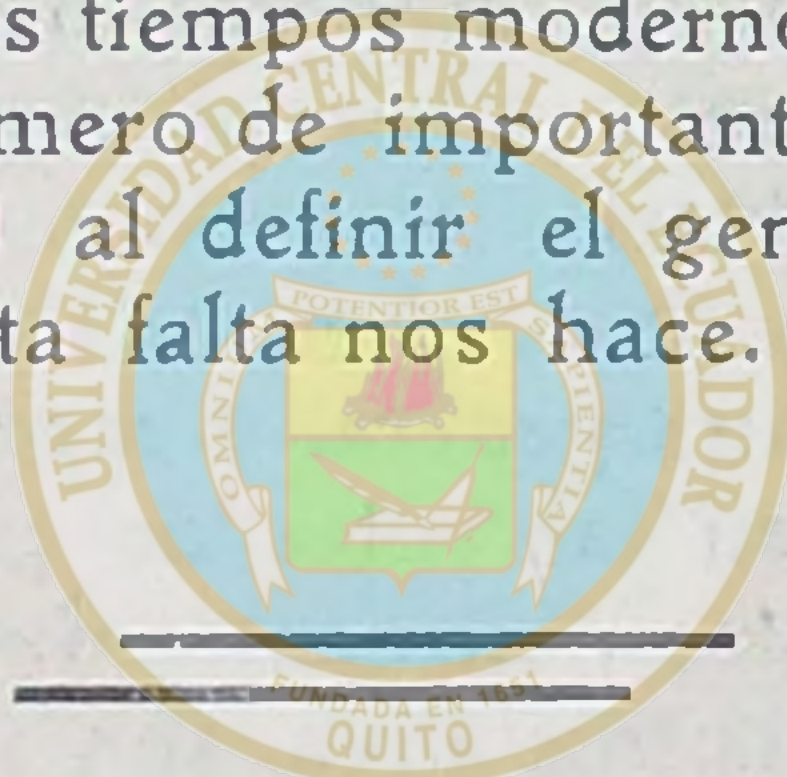
La investigación seria, digna del calificativo de científica presupone, pues, cultura general y especial, vastedad de conocimientos, seguridad en las rutas de exploración que recorrieron los grandes maestros, elementos que, lejos de estar reñidos con la originalidad y la iniciativa, son un factor condicionante.

Con notoria insuficiencia de criterio se reniega en veces del orden, de la exactitud, del sistema, estimándolos superfluos y pretendiendo hacer creer que es factible construir ciencia y filosofía al azar, por una especie de ráfagas de inspiración. Mas, a poco que meditemos con serenidad, veremos que la ruta de la ciencia, antes que un sendero florido, es un verdadero viacrucis, cuyo término, éste sí triunfal e iluminado, se alcanza a fuerza de trabajos, vigiliias, privaciones, sacrificios y abnegación.

No negamos que rarísimamente la casualidad ha brindado su contribución al haber de la ciencia; pero esto no es lo normal ni lo meritorio. La eficiencia y precisión de las investigaciones, la economía de esfuerzos pesan con valor de definición de resultados en pro del orden y del sistema. Habrá que seguir y utilizar la preceptiva baconiana y cartesiana, como habrá que aprovechar de las técnicas de los ases de la lógica y de la ciencia, no porque Bacon y Descartes las impusieron, sino porque aun no han sido superadas. El método, la disciplina filosófica o científica jamás serán un estorbo y

siempre un valioso instrumento de éxito. La palabrería insustancial, la ausencia de plan y disciplina racionalmente entendidos e interpretados, la falta de suficiente información, la experimentación apurada y escasa, la rápida generalización son más bien los escollos, los peligros que hay que señalar y combatir.

Y, por todo esto, la urgencia de que las Universidades adiestren a las juventudes que a ellas concurren ávidas de saber, en las escabrosidades de la creación, del invento, del descubrimiento. Y no es que no nazcan los genios creadores, sino que éstos emplean también los conocimientos y técnicas de sus predecesores. Sabido es que uno de los más bien dotados talentos musicales, Shubert únicamente triunfó en los géneros cuya técnica dominaba; pero que dejó composiciones de segundo orden en aquéllos cuyo estudio no profundizó. Edison, el mago de los tiempos modernos a quien la humanidad debe el mayor número de importantísimos inventos, sentaba una gran verdad al definir el genio como «una larga paciencia», la que tanta falta nos hace.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Tema tan complejo como el elegido no es para dilucidarse en los fugaces minutos de una exposición como la presente; pero me he atrevido a abordarlo, convencido de su alta trascendencia y confiado en la benevolencia del distinguido auditorio. Lamento, pues, no poderlo ahondar como lo habría deseado. Sin embargo, me excusará de esta deficiencia el declarar que nuestro propósito no ha sido propiamente venir a enseñar, sino iniciar las bases del trabajo cooperativo que estamos obligados a emprender. Entre otros aspectos, mi voluntad habría sido consignar algunas sugerencias para que cada maestro o catedrático pueda lograr de sus alumnos una definida y fructífera actitud científica. Mas, el tiempo sólo me autoriza para hacer este rápido asomo tendiente a estimular una preocupación constante por una moderna indagación de las funciones universitarias que, a modo de síntesis, por cierto, incompleta, puede concretarse afirmando como postulados, siquiera transitorios, provisionales, hasta la formación de

ótro mejor meditados y revisados, que la Universidad contemporánea, a más de su antiguo programa de formación de profesionales, está en el deber de propender a la extensión y diseminación de la verdad científica y filosófica, en su doble faz de conquista de nuevos hechos y principios y popularización de los establecidos. Junto a esto, servir de lumínar de la transformación social, ser el primer centro de orientación nacional por el estudio y resolución de nuestros propios problemas, tan inexplorados por ahora, a cuyo fin debe descubrir y dar a conocer con rigor de exactitud nuestra verdad todavía ignorada y desfigurada por el empirismo o la indolencia.

Sí a más de todo esto, la Universidad, en su estudiante y elemento docente aprisiona una nota de alegría y buen humor, de frivolidad si se quiere, habrá conseguido hacer vida completa, que la vida ni sólo es estudio y trabajo, ni sólo diversión y holgorio. La vida es también alegría. De donde el arcaico y conventual sentido de claustro debe ser sustituido por otro más acorde con el ritmo de la vida. Es hora de destruir dos tabús que tanto daño causan a las Universidades: el tabú de la preocupación por los problemas sociales que repudian los retrógrados y el tabú de la alegría establecido por el ultrarevolucionarismo. Estudio, alegría y revolución no son términos excluyentes. Pueden y deben coexistir.